

HABENT SUA FATA LIBELLI

Elsa Cecilia Frost
El Colegio de México

DE LAS MUCHAS posibles razones para escribir un libro, quizá ninguna sea menos probable que el puro deseo de desconcertar. Sobre todo si quien escribe es una noble austriaca, soltera, de unos treinta y tantos años, canonesa de la orden de Saboya —fundada en tiempos del Sacro Romano Imperio para protección de las nobles solteras—¹ y dama de honor de una emperatriz de la casa de Austria. Con tales antecedentes, y tratándose del relato de un viaje, lo que podía esperarse es un libro ligero o pedante, irónico o romántico, según fuera el carácter de su autora, y nada más. Una de esas lecturas que sólo se hacen una vez y poco o ningún recuerdo nos dejan. Pero el destino que —como ya lo reconoce el proverbio latino— tiene ingerencia aun en las cosas más nimias, quiso que la emperatriz en cuestión fuera Carlota de México, que una permanencia involuntaria e inesperada en el país diera a la condesa Kollonitz la oportunidad de conocerlo más y de tratar a algunos singulares personajes y, por último, que su edición precediera por escasos meses al fusilamiento de Maximiliano.² Fueron estos hechos los que convirtieron este breve relato de *Un viaje a México en 1864*³ primero en un *best-seller* y, después, en obligada fuente de consulta para quienes se interesan en esta etapa de nuestra historia. A la primera edición en alemán (Viena, 1867) siguieron, con un intervalo mínimo, la italiana (Florencia, 1868) y la inglesa (Londres, 1868), que fueron motivo de rápidas reediciones (existe una cuarta edición inglesa fechada en el mismo año). Por motivos obvios no se tradujo, que yo sepa, ni al francés ni al castellano, de modo que los historia-

¹ Tomo estos datos de HASLIP, 1973, pp. 247, 267 y 290. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

² No es posible saber exactamente qué tiempo transcurrió entre la edición del libro y la muerte del emperador, ya que los editores se limitan a dar el año. El final mismo del libro es la prueba de que la condesa desconocía los sucesos de Querétaro.

³ Título de la primera edición en español, hecha por «SepSetentas».

dores desde Conte Corti hasta Richard O'Connor han tenido que hacer uso de alguno de estos tres textos. Y aquí empieza a desconcertarnos la obra, pues al dar su juicio sobre ella parecen estar hablando de libros diferentes. Conte Corti sólo la cita en la bibliografía y ni siquiera nos dice si le ha sido útil o no. Los Hanna, en cambio, se toman la molestia de dar su opinión y lo califican de libro "casi completamente superficial [que] carece de hechos y está pobrementemente escrito".⁴ Joan Haslip, quien lo utiliza y cita en extenso, afirma a su vez que la condesa "nos ha dejado un vivido relato de la vida a bordo de la *Novara* y de los primeros meses en México".⁵ Y con ella concuerda O'Connor, que lo llama "sin duda alguna las memorias más vivas de la vida en Miramar y de los primeros tiempos del reinado de Maximiliano y Carlota en México".⁶ Al llegar aquí, ya nos asalta una duda acerca de si el libro manejado por este autor es el mismo del que venimos hablando, pues un relato sobre el viaje a México no tendría por qué tratar —y como veremos, de hecho no lo hace— de la vida en Miramar. Por su parte, los traductores también discrepan en cuanto al valor del libro. Ollivant, en su prefacio a la edición inglesa, nos dice que la obra "contiene muchas imágenes placenteras de la vida y costumbres en México, un resumen gráfico de su historia y de los primeros esfuerzos del desventurado *Kaiser Max*, como se le llama popularmente en Austria, por regenerar ese país desdichado, a más de observaciones ingenuas y certeras sobre personas y cosas... por ejemplo, las impresiones de la autora sobre el arrogante Bazaine y los generales mexicanos Miramón y Mejía".⁷ Por su parte, Neftalí Beltrán, el traductor de la versión castellana, considera que la condesa se expresa con frecuencia "de un modo que podría herir nuestros sentimientos aunque también, con su punto de vista muy del norte de Europa, parece no querer demasiado a los latineuropeos. Cuando pasa por Gibraltar, menosprecia a los españoles; cuando se detiene en Madera, sus conceptos sobre los portugueses no son nada halagüeños, y de los franceses tiene constantes quejas durante su estancia en México". Beltrán atribuye esta actitud al complejo de superioridad de los europeos del norte y piensa que, en última

⁴ HANNA, 1973, p. 269.

⁵ HASLIP, 1973, p. 247.

⁶ O'CONNOR, 1976, p. 325.

⁷ KOLLONITZ, 1868, pp. vii-viii.

instancia, el libro no tiene más valor que el "descriptivo de un momento de la historia de nuestro país", ya que si bien la autora "en ocasiones pretende acercarse a lo científico", en sus observaciones sobre el paisaje, la flora y la fauna, acaba por ahogarlo todo "en el más dulce almíbar". Con todo, concluye, "el libro resulta más divertido que ofensivo".⁸

Luis G. Zorrilla, autor del prólogo de esta versión, echa también su cuarto a espadas y reprocha a la Kollonitz encontrar intolerable cualquier diferencia "porque el único patrón o medida de lo bueno y lo conveniente era lo europeo". Reconoce, sin embargo, que comparada con nuestros conservadores casi resulta liberal y que "varios de sus juicios sobre el mexicano parecen seguir siendo válidos, si bien algunos son superficiales o representan meros estereotipos que circulaban ya desde entonces".⁹

Pero ya que «SepSetentas» ha puesto el libro al alcance de todos, veamos qué puede sacarse en limpio. Por lo pronto, a la edición mexicana se le han añadido unas ilustraciones que más valdría no comentar, pues si bien una o dos pueden salvarse, hay otras, por ejemplo, la de la página 156, que no parecen tener más propósito que ridiculizar el texto. Pero, en tal caso ¿para qué publicarlo?

Vemos, después, con cierta desilusión, que el viaje trasatlántico ocupa más o menos un tercio del libro y que de las otras dos partes mucho es lo que se va en la descripción del paisaje —indudablemente romántica y dulzona— de modo que bien poco es lo que nos queda de interés histórico. Agréguese a esto que el texto castellano es en ocasiones difícilmente comprensible. Defecto tanto más sorprendente cuanto que se debe a Neftalí Beltrán, quien no es sólo un traductor experimentado, sino un poeta (recuérdese "Soledad enemiga"). Aunque no es necesario ir tan lejos, pues de la mera comparación entre la presentación de Beltrán a su traducción y esta misma, resulta evidente que las confusiones y los galimatías no pueden deberse a él. ¿Qué sucedió entonces? Lo más probable es que provengan de la traducción italiana que, lamentablemente, no pude ver y que sirvió de base para la versión castellana, que es así "la traducción de una traducción, con todas las consecuencias que eso pueda acarrear".¹⁰

⁸ KOLONITZ, 1976, p. 5.

⁹ KOLONITZ, 1976, pp. 718.

¹⁰ KOLONITZ, 1976, p. 6.

Dicha traducción italiana debe haber sido hecha con cierta premura, ya que apareció cuando más un año después que la edición alemana,¹¹ lo que podría explicar de algún modo las cosas extrañas que se hacen decir a la condesa. Por ejemplo, al llegar a Civita Vecchia nos enteramos de que

...en el momento del arribo los tambores y las fanfarrias papales y francesas rivalizaban ensordecedoramente. Estas últimas tocaban la famosa canción *Par la grâce de l'empereur des français*, del modo más ruidoso y extraño. Sus tropas en fila nos saludaban con las espadas y las bayonetas. Levantaron las carrozas y nos llevaron a fuerza de brazos...¹²

De hecho, los latinos tienen fama de entusiastas, pero ¿lo serán tanto como para levantar carrozas? Más sobrio, el texto alemán no menciona ninguna "famosa canción", sino que cuenta sencillamente que la banda francesa proclamaba que todo se debía "a la gracia del emperador de los franceses", para decirnos después que

...sus carruajes [de los franceses] nos acogieron, sus brazos nos dirigieron...¹³

Más adelante, durante su estancia en Gibraltar, la condesa nos sorprende por su gran pasión hípica.

El lugar de las carreras era bellissimo... Vi una extraña agitación que me interesaba más que cualquier otra cosa. ¿Cuál sería el caballo ganador, el del capitán Smith o el del coronel John? Los oficiales encabezaron la cabalgata; algunas damas inglesas a caballo, y otras en su Pouychaisen...¹⁴

De nuevo el texto alemán nos arroja un jarro de agua fría:

El lugar de las carreras era muy hermoso... Aquí se desarrollaba un pintoresco espectáculo, mucho más interesante para mí que si ganaba el caballo del capitán Smith o el del coronel John...¹⁵

¹¹ Aquí hay que hacer notar que si bien Beltrán afirma que la versión italiana apareció en Florencia en 1868, la página final del texto (187) está fechada en Milán el 15 de mayo de 1872 [?].

¹² KOLONITZ, 1976, p. 18.

¹³ KOLLONITZ, 1867, p. 14.

¹⁴ KOLONITZ, 1976, p. 31.

¹⁵ KOLLONITZ, 1867, p. 32.

En cuanto al extraño acompañante de algunas damas inglesas, no pasa de ser un inofensivo *pony-chaise*, es decir, un carruaje ligero tirado por caballos de pequeña alzada.

En otros casos, la versión española dice simplemente lo contrario de la alemana. Así, la primera ve con toda naturalidad que personas presas del mareo trabajen:

Esta vez no estaba sola en mi padecimiento. Muchos de mis compañeros de viaje tenían el mismo horrible mal. La propia emperatriz no aparecía por la cubierta más que al oscurecer y se veía pálida y dolorida. Mientras reposábamos, leíamos nuestros libros y revisábamos nuestros papeles...¹⁶

en tanto que la segunda, más realista, afirma que "papeles y libros descansaron por un breve tiempo".¹⁷

Hay que reconocer que la condesa no facilita la tarea, pues en ocasiones cae en la tentación de "filosofar" y el resultado es poco feliz.

Nada me ha parecido tan repugnante ni nunca vi mujeres de naturaleza tan desfachatada y bestial [las negras de la Martinica]. Mis sentimientos no sufrieron ningún conflicto con las íntimas y profundas convicciones sobre los necesarios deberes de la humanidad [?].¹⁸

Pero también aquí el texto alemán, aunque siga considerando que "nunca lo feo me pareció tan repugnante, nunca vi mujeres tan descaradas ni tan bestiales...", pasa a agregar que

...nunca estuvo mi sentir en tan intenso conflicto con mi convicción íntima y profunda acerca de los más estrictos deberes y derechos de la humanidad.¹⁹

lo que nos permite ver que la condesa no es tan fiera como la pintan.

Digamos, por último, que cuando se nos habla de "la naturaleza... siempre sospechosa"²⁰ del mexicano, en realidad lo que

¹⁶ KOLONITZ, 1976, p. 33.

¹⁷ KOLLONITZ, 1867, p. 34.

¹⁸ KOLONITZ, 1976, p. 51.

¹⁹ KOLLONITZ, 1867, p. 59.

²⁰ KOLONITZ, 1976, p. 110.

se le atribuye es un "carácter... siempre receloso y cauto".²¹ Lo que no es lo mismo.

La lista podría proseguirse hasta llegar a la última página, pero los ejemplos anteriores son ya más que suficientes para hacer ver la mala suerte que el libro corrió en su primera edición en castellano.

Pasemos ahora a otro asunto. Cité al principio la opinión de O'Connor sobre estas memorias, según la cual se inician con el relato de la vida en Miramar. En su obra transcribe, en efecto, una escena bastante extraña ocurrida en este palacio. Afirma O'Connor que durante las negociaciones previas a su aceptación, y sin parar mientes en que la oferta monetaria era hecha por los franceses, Maximiliano

...palmeó las espaldas de M. d'Herbet y después subió las escaleras para llegar a un vestíbulo superior. Galopó por el corredor hasta el *boudoir* de Carlota, donde su dama de honor, la condesa Paula Kollonitz, arreglaba el cabello de la archiduquesa. Irrumpió en él, según recuerda la condesa Paula en sus memorias, gritando como un empleado al que se le ha aumentado el sueldo: "¡Carla, somos ricos! Nos dan un trono y una fortuna además."²²

Esta eufórica explosión de Maximiliano —por más que se hagan a un lado los comentarios de mal gusto que la acompañan— suena falsa, aunque no sea sino por el tipo de educación que la Hofburg daba a sus príncipes. Pero suena falsa, sobre todo, porque no se aviene con el respeto y la admiración que la Kollonitz muestra en todo momento por la pareja imperial y por Maximiliano en particular. Pero lo más extraño es que, si llevados por la curiosidad, queremos verificar la cita, no la encontraremos ni en el texto alemán ni en el castellano, que se corresponden párrafo a párrafo. Vamos entonces a la traducción inglesa —cuyo título, *The court of Mexico*, difiere del de las otras versiones— y a pesar de que O'Connor ofrece la referencia completa y el año de edición concuerda, las páginas 68-70 tratan de la estancia en la Martinica y ni la vida en Miramar ni las negociaciones se tocan en ningún momento.

Para mayor perplejidad nuestra, algunos capítulos más ade-

²¹ KOLLONITZ, 1867, p. 139.

²² O'CONNOR, 1976, p. 82. Cursiva mía. La nota remite a las páginas 68-70 de la edición inglesa del libro.

lante O'Connor se refiere a lo que llama *l'affaire countess Paula*, que considera como una muestra de la buena disposición de Maximiliano y Carlota a hacer ciertas concesiones a los sentimientos locales. Dice, pues,

La condesa Paula Kollonitz había venido en calidad de confidente más cercana a Carlota entre las damas importadas de Miramar y, sin embargo, menos de seis meses después de su llegada se la despachó de vuelta a Austria. A juzgar por sus memorias, la condesa Paula, a pesar de la desventaja de su educación como satélite real, como sirviente profesional de los Habsburgos, era una joven de gran perspicacia. La razón inmediata de su despido fue su desprecio hacia las damas mexicanas reclutadas para la corte y su resentimiento sin embozos hacia los franceses.²³

Una vez más, nos encontramos con un texto que no aparece en ninguna de las versiones conocidas. De las memorias de la condesa lo que puede colegirse acerca de su salida de México es lo siguiente: si las cosas hubieran sido como se esperaba que fuesen, Veracruz habría sido testigo de una de esas ceremonias precisas y hieráticas a que tan afecta fue la casa de Austria y en la que, mientras las damas austriacas retrocedían, abandonando a su archiduquesa, las damas mexicanas hubieran avanzado para acoger a su emperatriz.²⁴ Pero algo salió mal y en Veracruz no esperaba a Carlota séquito alguno. Las damas mexicanas tampoco hicieron su aparición por el camino y, así, las condesas Zichy y Kollonitz se vieron obligadas a acompañar a Carlota hasta la capital y a permanecer aquí hasta que el servicio de corte quedó establecido. No puede negarse que la condesa Paula despreciaba a los franceses, pero en cambio no parece haber habido fricción alguna entre las damas mexicanas y las austriacas. Sería interesante saber de dónde obtuvo O'Connor su información o qué edición privatísima consultó.

Joan Haslip, a su vez, hace de la Kollonitz el personaje de una pintoresca anécdota. Sucedió que Bazaine decidió dar un baile en honor de sus majestades imperiales, pero a pesar del esmero con que se arregló su casa, la velada fue un fracaso. Las invitaciones se redactaron en forma que más parecían órdenes y

²³ O'CONNOR, 1976, p. 116. En este caso, la referencia es sólo "*passim*".

²⁴ Cf. KOLONITZ, 1976, p. 62.

fueron distribuidas muy irregularmente, se exigió una vestimenta determinada y se invitó a mujeres solas.²⁵ En suma, la condesa afirma que quienes asistieron lo hicieron sólo por respeto a la pareja imperial y, al retirarse ésta, se retiró también la mayor parte de los invitados: "Más tarde oímos que el grupo francés que permaneció en el baile, lo cerró con un cáncán".²⁶

Esto es lo que cuentan las memorias y el texto nos hace sentir la escandalizada indignación de la dama de honor. Pero ahora viene lo bueno, pues Joan Haslip asienta —basándose en el diario inédito de Mme. de Courcy— que el baile terminó a las cinco de la mañana.

...hora para la cual se había abandonado toda pretensión de decoro y aun las condesas Zichy y Kollonitz, esta última una respetable canonesa de la orden de Saboya, olvidaron, bajo la influencia reblandecedora de la champaña, su desagrado por los franceses y llegaron a unirse al coro de la "marsellesa" y a aplaudir un cáncán [!] ²⁷

Si hacemos ahora un balance de lo que se nos ha dicho sobre la condesa, el resultado no puede ser más desastroso: es una mujer llena de prejuicios, pedante y almibarada (Beltrán), chismosa (escena del *boudoir*) e imprudente (*l'affaire* Kollonitz), que peca además de hipócrita (baile de Bazaine).

Sin embargo, antes de condenarla sin apelación, justo será ver la otra cara de la medalla y para ello nada se presta mejor que la traducción inglesa de su obra. Publicada, como ya dije, sólo un año después de la edición original, lleva como conclusión algunas páginas escritas después de la muerte de Maximiliano. Pero no es ésta la única diferencia. En el capítulo séptimo hay numerosas adiciones, la mayor parte de las cuales se refiere a las actividades y manera de ser de Maximiliano y Carlota. Merece destacarse la descripción de la vida cotidiana de la emperatriz, que es, en mi opinión, lo más hermoso del libro. La imagen de Carlota que de ella se desprende dista mucho de la usual que nos la presenta como una mujer altanera y ambiciosa. Tiene más bien

²⁵ KOLONITZ, 1976, p. 133. El texto castellano es confuso, ya que afirma que se invitó "a los hermanos sin las hermanas", lo que difícilmente habría dado ocasión de escándalo.

²⁶ KOLLONITZ, 1867, p. 171. En el texto en español es la página 133.

²⁷ HASLIP, 1973, p. 267.

algo de la conmovedora aplicación de una niña solitaria y triste. A continuación transcribo algunos trozos.

También sabía usar, en el trato personal, el poder de que disponía, tanto la emperatriz como la mujer joven y bonita. En los momentos importantes sabía pronunciar palabras enérgicas con toda firmeza. Su valor, su conocimiento de los asuntos y su aguda inteligencia sorprendían en una persona tan joven.

Sus decisiones eran dulcificadas por la cortesía, si bien siempre mostró una reserva que impedía la familiaridad. En tanto que el emperador encantaba a veces a todos por su atractiva bondad y en otras irritaba a la gente por su ingenio frío y su amor innato a las bromas, la conducta de Carlota fue siempre la misma; sus expresiones acerca de la gente estaban siempre de acuerdo con su manera de tratarla.

Siempre cuidadosa en el cumplimiento de sus deberes, la emperatriz visitaba todas las instituciones públicas, escuelas, hospitales, etc. y pronto se hizo sentir su influencia en esta dirección, ya que ni el clero ni los laicos ricos del país habían hecho hasta entonces mucho por la causa de la humanidad...

La emperatriz formó una asociación a la que se esperaba que se unieran las damas de México, les exigía actividad práctica y las supervisaba ella misma.

Si, por una parte, se dedicaba con toda el alma al cumplimiento de los deberes que su posición de emperatriz le imponía, por la otra, la deleitaba bañarse en su esplendor. A este fin, no le importaba ninguna inconveniencia y, sencilla como era en su vida, su vestir, sus hábitos y necesidades cotidianos, gustaba profundamente de la magnificencia oficial en sus apariciones públicas. Al principio no era mucho lo que podía exigir de su séquito a este respecto, pero en las grandes ocasiones le producía un gozo infantil el mostrarse a las multitudes atónitas con su diadema y su traje recamado de oro, y el largo y adornado manto de terciopelo rojo que caía desde sus hombros.²⁸

En otras ocasiones, el texto nos hace sonreír ante el buen humor de Maximiliano frente a los mil inconvenientes diarios. Así, durante una cena, pregunta a la condesa Kollonitz: "¿Ha comido usted alguna vez tan mal como en mi casa?"²⁹ O reconoce

²⁸ KOLLONITZ, 1868, pp. 218-220.

²⁹ KOLLONITZ, 1868, p. 222.

que, hasta que no está a caballo, el traje de charro lo hace sentirse disfrazado.³⁰

Volviendo ahora al texto común a todas las versiones, vemos que no todo transcurría tranquilamente. Ya la llegada a Veracruz —cuya breve descripción no puede dejar de impresionarnos— debió producir la inquietud de un mal presagio. A pesar del aviso dado por la *Themis*, el puerto era una tumba y el emperador no tuvo otro recurso que volver sus sarcasmos contra sí mismo.³¹ Estaba además la presencia opresiva de los franceses, cuya insolencia debe haber sido tan difícil de aceptar para el grupo austriaco. La condesa no encubre nunca su hostilidad hacia ellos y es fácil deducir que no es más que un reflejo de la del emperador.

Encuentra, en cambio, mucho que alabar en México y en los mexicanos (aunque no en todos). No sólo se encanta ante el paisaje, sino que todo lo que la rodea despierta su interés, lo mismo los intrépidos cocheros de la ruta Veracruz-México, que los indios “sorprendidos y curiosos, con aquella mirada dulce y melancólica”.³² Anota elogiosamente que “la gentileza... domina entre las más bajas clases mexicanas... Entre aquella gente del pueblo jamás oímos una frase altanera, jamás alzar la voz, un insulto o una descortesía”.³³ Se siente abrumada por la hospitalidad mexicana y casi se “encuentra ridícula en medio de aquellas extraordinarias ovaciones”.³⁴ Describe entusiasmada la ciudad de Puebla y se pasea por México, Santa Anita e Iztacalco. Va a Pachuca y a Real del Monte y disfruta de la hospitalidad de las familias Barrón y Escandón en Tacubaya, para las que no tiene más que alabanzas. Advierte también costumbres y hábitos distintos a los europeos, pero que se comparan favorablemente con ellos, por ejemplo, “la suave amabilidad que tanto contrasta con la rígida formalidad del norte de Alemania o la pomposa palabrería francesa”.³⁵

En otros casos, sí encuentra motivos de censura y hasta se in-

³⁰ KOLLONITZ, 1868, p. 221.

³¹ KOLONITZ, 1976, p. 60. A partir de aquí cito la versión castellana a fin de que el curioso lector pueda confrontar las citas.

³² KOLONITZ, 1976, pp. 66-67 y 64-65.

³³ KOLONITZ, 1976, p. 67.

³⁴ KOLONITZ, 1976, p. 79.

³⁵ KOLONITZ, 1976, p. 131.

digna por la vida de adultos que se hace llevar a los niños de las clases acomodadas.³⁶ Tampoco entiende el ocio de las señoras mexicanas, ni la "piedad" de que dan muestra tanto nobles como plebeyos.³⁷ Pero recordemos que otro tanto le pasaba a la marquesa Calderón de la Barca y siglos antes al inglés Gage.

Por lo que se refiere a los grandes nombres de la época, Gutiérrez de Estrada, Almonte, Velázquez de León, Napoleón III, Miramón, Mejía o Juárez, no son en este libro más que eso, meros nombres. Sólo hay una excepción, Bazaine, a quien el desprecio de la condesa logra convertir en un ser vivo.

Todavía podría decirse mucho acerca de la visión que esta mujer nos ofrece de México, pero baste decir que su pequeño libro no merece la suerte que ha corrido. No es posible juzgarlo como se hace con libros de mayor envergadura y, dentro de sus límites, bastante es lo que nos ofrece dentro de un espíritu que, a pesar de todo, trata de ser ecuánime. Veámoslo, pues, de acuerdo con el intento de su autora que no es sino ofrecer "un relato verdadero y sencillo de mis impresiones y experiencias en México y compartir así el placer peculiar que me fue dado disfrutar con todos aquellos que poseen el sentido de la belleza..."³⁸

SIGLAS Y REFERENCIAS

CONTE CORTI, Egon Caesar

1944 *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica.

HANNA, Alfred J. y Kathryn A.

1973 *Napoleón III y México*, México, Fondo de Cultura Económica.

HASLIP, Joan

1973 *The crown of Mexico — Maximilian and his empress Carlotta*, New York, Avon Books (la 1ª edición es de 1971).

³⁶ KOLONITZ, 1976, pp. 105-106.

³⁷ KOLONITZ, 1976, p. 173.

³⁸ KOLLONITZ, 1868, "Prólogo a la segunda edición", p. xiv.

KOLONITZ [sic], Paula

- 1976 *Un viaje a México en 1864*, traducción del italiano por Neftalí Beltrán, México, Secretaría de Educación Pública. «SepSetentas, 291.»

KOLLONITZ, Paula von

- 1867 *Eine Reise nach Mexiko im Jahre 1864*, Wien, Druck und Verlag von Carl Gerold's Sohn.
- 1868 *The court of Mexico*, London, Saunders, Otley, and Co. (traducción de J. E. Ollivant, fechada el 25 de septiembre de 1867).

O'CONNOR, Richard

- 1976 *The cactus throne*, New York, Avon Books (la 1ª edición es de 1971).